

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XV JORNADAS

VOLUMEN 11 (2005)

TOMO I

Horacio Faas

Aarón Saal

Marisa Velasco

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



La economía es una ciencia en la teoría pero una ideología en la práctica

*Victoria Giarrizzo**

Introducción

Los avances teóricos de la economía desde mediados del siglo pasado son incuestionables. Hubo progresos en las posibilidades de testeo empírico, en el desarrollo de instrumentos analíticos, en la elaboración de todo tipo de teorías para abordar problemas económicos y proponer soluciones. La economía ha llegado a tratar temas ligados a la psicología, a la sociología, a la antropología y al quehacer de la vida cotidiana. Sin embargo, cuando se observa la realidad de países como Argentina, estos avances parecieran no haberse trasladado a resultados económicos que impliquen una mejora en el bienestar de la población. La sensación general en el país es que la ciencia económica falla, que los economistas son una especie de 'brujos' que nunca aciertan en sus pronósticos, o que intentan explicarle al pobre lo que es la pobreza a través de sofisticados modelos macroeconómicos que poco se asemejan a la realidad.

¿Por qué falla la economía? ¿Por qué fallan los economistas en sus recomendaciones de política económica? La respuesta hay que buscarla en el método: la economía falla porque los economistas cuando toman decisiones de política económica no aplican ni la teoría económica ni siguen las mejores recomendaciones metodológicas que ha dejado la filosofía de la ciencia, como ser, tener una 'actitud crítica'. La mayoría de las veces lo que aplican es 'ideología' y en muchos casos esa forma valorativa de ver el mundo, hace 'no ver' modos de funcionamiento alternativos que tiene el sistema económico. Esa forma valorativa de ver el mundo, suele llevar a que, por ser fieles a determinadas 'ideas', no se busquen soluciones alternativas y originales para resolver los problemas y dificultades que se presentan cotidianamente¹.

Buscando la buena ciencia

El economista, como cualquier científico de otra disciplina, puede elegir el método de trabajo que prefiera en sus investigaciones científicas. Como señala Paul Feyerabend², la ciencia no presenta una estructura común, y al intentar resolver un problema los científicos utilizan indistintamente un procedimiento u otro, y en vez de considerar sus instrumentos y métodos como condiciones rigidamente establecidas para cada solución, los adaptan al problema en cuestión. Sin embargo, hay algo que debe, o al menos debería, estar siempre presente en cada etapa de investigación científica, y más aun, en las aplicaciones que se hacen de las teorías económicas: la actitud crítica. Karl Popper, en retorno a los presocráticos, señala que la tradición de la discusión crítica es el único camino viable para ampliar nuestro conocimiento. Señala Popper³: "solo hay un elemento de racionalidad en nuestros intentos por conocer, es el examen crítico de nuestras teorías. Estas teorías son conjeturas. No sabemos, solo suponemos. Si me preguntáis: ¿cómo sabe

* Universidad de Buenos Aires.

usted? Mi respuesta sería: no sé, solo propongo una conjetura. Si usted está interesado en mi problema, me sentiré muy feliz si critica mi conjetura y presenta contrapropuestas, yo a mi vez las criticaré”

El llamado de Popper a incentivar el criticismo, no es nuevo. Ya en el siglo XVII, René Descartes ponía a la duda como la herramienta básica de búsqueda de la verdad y se puede ir más atrás en el tiempo para encontrar en la actitud crítica uno de los principales caminos para construir el conocimiento científico. Sin embargo, ¿por qué en economía a menudo los economistas tienen tantas certezas y tan pocas dudas sobre sus ideas y teorías? ¿Por qué dudan tan poco los economistas sobre la validez de los procedimientos con los cuales construyen las teorías que defienden y proponen? Si una ciencia social como la economía, donde no es posible establecer leyes, donde las expectativas determinan buena parte de la dinámica de la ciencia, donde las teorías están expuestas al cambio permanente, donde las posibilidades de testeo son muy acotadas, donde dos economistas miran el mundo y observan cosas completamente diferentes (y si son tres, entonces habrá tres visiones diferentes sobre lo que sucede y conviene hacer en la economía), si en una ciencia con estas características no prevalece una actitud crítica, es de esperar que las posibilidades de fracaso aumenten.

La buena ciencia debería alentar la actitud crítica. Eso implicaría, por ejemplo, recordar a cada instante que los modelos y teorías que se enseñan sólo son un instrumento para clarificar la dinámica económica, pero que de ninguna manera las conclusiones que de allí se extraen se pueden convertir en un dogma sobre lo que hay que hacer para ser una economía exitosa. Si las teorías económicas se convierten en un dogma, la ciencia económica está en problemas. Digamos entonces: hoy la ciencia económica está frente a un gran problema. Muchas de las teorías que prevalecen, están siendo difundidas e impuestas como si fueran verdades reveladas, se difunden de una forma casi dogmática, cuando muy pocas de ellas resistirían una prueba empírica sencilla.

Avances, ¿qué avances?

Contentos o no, los avances logrados por la ciencia económica a nivel teórico en las últimas décadas son incuestionables. La economía ha abordado sus temas de análisis desde diversas áreas como la psicología, la sociología, la antropología, ha mejorado sus mediciones, ha elaborado indicadores diversos para monitorear e interpretar el rumbo económico, el bienestar, la competitividad, ha ganado precisión en sus técnicas de testeo y predicción, ha desarrollado novedosos modelos para entender y explicar el funcionamiento de los sistemas económicos, modelos que permiten mejorar los pronósticos, ha incluso desafiado a quienes dudaban de las posibilidades de hacer experimentos y pudo abordar y estudiar problemas concretos desde la economía experimental. Pero .. la gran duda sigue siendo la misma: si tan bien le fue y le va a la economía en su evolución como ciencia, en su evolución como conjunto teórico de conocimiento, ¿por qué tan mal le ha ido a la economía Argentina? (aquí podría, claro discutirse, si le fue tan mal y dependiendo las prioridades que se establezcan en el análisis seguramente serán las conclusiones)

Cuando se observa y analiza la realidad de economías como la Argentina, cuando se exploran los indicadores de pobreza, de desempleo, de desigualdad,

los bajos niveles de ingresos monetario promedio de la economía, y la explosión por ejemplo de una ola de delincuencia que tiene sus raíces en la problemática económica, ninguno de los avances mencionados en el campo teórico parecieran haberse trasladado a la realidad. Hubo progreso teórico, pero en el plano de la realidad económica, al menos en la Argentina de hoy, son muchos los indicadores que están mostrando un cuadro donde pareciera no haber existido progreso. Peor aun: no sólo no hubo progreso sino que en esos mismos indicadores se puede observar cómo el país retrocedió varios años en términos de ingreso y bienestar. Dependiendo de qué indicadores se observen, los datos más alentadores de producción muestran por ejemplo que en términos del PBI (Producto Bruto Interno), la economía está parada en los mismos niveles que en 1998. Pero si se tomara otra variante de esos mismos datos y se midieran los niveles de PBI por habitante, habría que remontarse muchísimos años más atrás para encontrar un nivel similar. En otros indicadores, como la pobreza, directamente no se encuentran antecedentes históricos: si bien en 2003 y 2004 se ha ido reduciendo luego de los niveles alarmantes a los que había caído en 2002 cuando más del 60% de la población vivía por debajo de la línea de pobreza, aún hoy el 40,2% de la población es pobre y el 15% es indigente (datos del INDEC al segundo semestre de 2004).

¿Falla la ciencia económica? ¿O fallaron los economistas en sus recomendaciones de política económica o en sus evaluaciones sobre lo que realmente estaba sucediendo en la economía y sobre lo que se debería hacer? Si lo que ocurre en la realidad es un reflejo del estado de situación de la ciencia, podría ponerse en duda entonces hasta qué punto la economía como ciencia, progresó y tomar como respuesta la primera pregunta: falla la economía.

Sin embargo, me inclino por la segunda opción: fallan los economistas. La diversidad de análisis que brinda la ciencia económica es imponente. La diversidad de teorías económicas es muy amplia. El problema radica fundamentalmente en qué se quiere entender de la economía y en cuáles son las prioridades que tienen en mente los economistas cuando eligen una u otra teoría. Independientemente de que muchas veces no eligen, sólo aplican teorías a las cuales adhieren simplemente porque adhieren (o porque les conviene adherir) Y es aquí donde podría sostenerse que: los economistas cuando toman decisiones de política económica pasan por alto las mejores recomendaciones metodológicas que ha dejado la filosofía de la ciencia, como tener una actitud crítica frente a la ciencia (esto es, evitar la certeza), y la mayoría de las veces lo que aplican es 'ideología'. Esa forma valorativa de 'ver' el mundo a menudo hace 'no ver' modos de funcionamiento alternativos que tiene o podría tener el sistema económico. Esa forma valorativa hace que, por ser fieles a 'ideas' a las cuales previamente se adhirió, no se busquen soluciones alternativas y originales para resolver los problemas y dificultades que se presentan. Lleva a rechazar alternativas que podrían ser viables sólo porque no son ideológicamente compatibles (muchas veces, ni siquiera es ideología lo que se aplica cuando se construyen y recomiendan teorías, sino que prevalecen intereses de otro tipo, entre ellos, intereses económicos, aunque el análisis de esto escapa a los fines de este artículo).

Tramposa ideología

Sobran ejemplos en Argentina de cómo la ideología ha guiado numerosas decisiones de política económica (como se dijo antes, a menudo esa ideología responde a intereses -económicos y no económicos- particulares), incluyendo la ideología que implícitamente proponen determinadas escuelas del pensamiento económico. Si se revisan las políticas que se han ido aplicando en el país en las últimas décadas, en general responden más a la aplicación de ideologías que a la aplicación de medidas que se consideren las más adecuadas para resolver los problemas que se han ido presentando. Vale señalar: aplicación de ideologías o de teorías económicas adoctrinadas en escuelas del pensamiento que se imponen en determinados momentos de la historia. Los economistas se aferran a teorías que se adoptan como bandera y ven el comportamiento del mundo a través de estos modelos sin dejar espacio, como recomendaría Popper, al examen crítico. Por estos días, se discute en Argentina la ocurrencia de cierto rebrote inflacionario: en tres meses los precios minoristas subieron 4% y acumulan un aumento de 59% (en tres años y tres meses). Cuando se escuchan las causas de ese incremento, generalmente se dividen entre 1) los monetaristas que adjudican la inflación al alto grado de emisión monetaria que se está realizando para evitar que el dólar baje, 2) los fiscalistas que lo adjudican a la expansión fiscal realizada por el gobierno, 3) o los más ortodoxos que ponen la razón en los aumentos salariales por decreto.

Lo que sorprende es que en muy pocas oportunidades se ha explicado el actual 'rebrote' inflacionario combinando causalidades. Aquellos que dicen que es un problema monetario, son los mismos que hace tiempo vienen 'quejándose' del grado de emisión monetaria, y en general son partidarios de dejar apreciar el peso. Son en su mayoría, los defensores de la convertibilidad. Y por ejemplo, muchos de quienes aseguran que la inflación se debe a los cuellos de botella (restricciones de oferta) que se producen en algunos sectores que están produciendo con altos niveles de su capacidad instalada, niegan que exista un problema monetario o fiscal. Y justifican la inexistencia de esos problemas mencionando otras variantes sobre cómo puede observarse el crecimiento de la base monetaria para demostrar que esa no es la causa, o hablando del retraso (cierto) de ingresos que hay en la economía para demostrar que tampoco por esa vía se puede encontrar la explicación. ¿Cuál será la causa de la aceleración de la inflación frente a tantos diagnósticos? Seguramente todos ellos, combinados, y conjugados también con empresarios que aprovechan una demanda firme para ajustar niveles de precios que habían quedado rezagados, o combinados con aumentos registrados en los precios internacionales de ciertas *commodities* (caso petróleo), explican esos incrementos en los precios minoristas. Lo que está claro es que, si se niega alguna de esas causalidades sólo por una cuestión ideológica (quienes defienden el modelo de tipo de cambio alto, rotundamente descalifican que el problema de los precios sea monetario), el problema seguramente se agravará porque no se estarán tomando las precauciones necesarias. Al menos algunas de ellas, que también tienen cierto grado de probabilidad de estar incidiendo en los precios, estarán siendo ignoradas.

Si se revisa la historia económica de los últimos trece años (se podría ir más lejos todavía), se observa claramente cómo se impuso un paradigma dominante ba-

jo las premisas de la supuesta ventaja que generaba el libre mercado en cualquier lugar del mundo. La mayoría de las universidades adhirieron a ese esquema teórico y propagaron esas teorías a través de sus aulas o de las recomendaciones realizadas por técnicos de los organismos de crédito. Muchos de los economistas locales adhirieron ciegamente a las diez medidas básicas que planteó el Consenso de Washington a principio de los '90, cuando tras la caída del muro de Berlín, en ciertos círculos económicos se formuló un listado de medidas de política económica que constituyeran un 'paradigma único'. Según se planteó en aquel momento, ese listado serviría especialmente para orientar a los gobiernos de los países en desarrollo y para que los organismos internacionales puedan evaluar los avances en materia de ortodoxia económica de las naciones subdesarrolladas que pedían ayuda financiera a las naciones desarrolladas. Liberalización financiera, liberalización comercial, apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas, privatizaciones, desregulaciones, fueron algunos de las premisas que se dictaron por entonces y las cuales, casi a rajatabla, se aplicaron durante años en la Argentina.

Los resultados terminaron mostrando cómo algunas de esas medidas fracasaron y otras hubieran tenido éxito si se hubiesen aplicado con cierta racionalidad, con algún criterio localista, es decir, adoptando ese conjunto de recomendaciones que llegaban desde los países desarrollados a la realidad nacional. Adoptándolas a su tiempo y gradualmente. Repentinamente se privatizó sin evaluar primeramente si el mercado estaba en condiciones de absorber esa masa de desempleados que ahora salía al mercado laboral. Lo mismo sucedió con la liberalización de los controles de capitales. En Argentina, se liberaron completamente con la certeza de que era el camino correcto, sin que existiera evidencia suficiente en el mundo de que ese camino era viable. Incluso desde que se inició la crisis del Tequila en México, en diciembre de 1994, se intensificó el debate acerca de la eficiencia de esa política. Uno de los dilemas planteados era y es hasta qué punto la liberalización total es responsable o agudiza las crisis financieras. Hay evidencia a favor y en contra de las supuestas ventajas de aplicar esa medida. Chile impuso controles en la década de los '90 para limitar el ingreso de capitales de corto plazo que les generaba apreciación cambiaria y exigía la permanencia de los capitales en el país por seis meses. Algunos economistas aseguran que ese control fue lo que les permitió a los chilenos salir ilesos de la crisis mexicana. Otros aseguran que no fueron los controles sino otros sucesos que estaban ocurriendo en esa economía, como ser el tipo de reformas que se estaban encarando. Otros ejemplos se pueden encontrar en las economías asiáticas. En países como Malasia, donde el control de capitales era tema prohibido antes de la crisis que sufrieron a fines de 1997, debieron acudir a la implementación de ciertos controles selectivos en 1998. Incluso fervientes defensores de la liberalización total, como el FMI, a raíz de las crisis ocurridas comenzaron a relativizar esa medida y por ejemplo, en marzo de 2003, su por entonces economista jefe (que había anunciado que en tres meses dejaría el organismo) presentó un trabajo en la Argentina donde señala que cierto control en países que buscan cubrirse de una crisis puede ser útil y menciona los casos de China e India que, con controles importantes, lograron altas y sostenidas tasas de crecimiento.

Pero ignorando completamente el debate en torno a los controles de capitales, el liberalismo en la Argentina se aplicó de golpe, y quien proponía protección a la industria o ciertos controles a los ingresos de capitales, o no privatizar ciertas áreas, y privatizar otras más paulatinamente, era considerado en esos tiempos casi un hereje de la economía. Los economistas se dividieron entre ortodoxos y heterodoxos. Y la ortodoxia hizo una aplicación adoctrinada de las teorías económicas perdiendo todo el sentido crítico de la ciencia. La ideología liberal acaparó el sistema económico, al menos acaparó las principales mesas de discusiones, aquellas en donde se gestaban luego las políticas económicas y se desplazó del debate a las ideas alternativas. El debate que prevaleció, era aquel que no discutía las bases del modelo. Sin embargo, el costo de ese adoctrinamiento debió ser afrontado por toda la población.

El riesgo de adoctrinamiento de la economía en la Argentina no está superado. Ahora es el tiempo de la heterodoxia, y el mismo temor suele reaparecer cuando se observa que los 'herejes' de hoy son los ortodoxos de ayer... Sería un error volver a perder el sentido crítico de la ciencia.

Conclusión

Preguntábamos antes: ¿qué falla?, ¿la economía o los economistas? La economía es una ciencia social que va mostrando signos de progresos, que explora nuevas áreas, que desarrolla nuevos métodos de medición y predicción, que cambia permanente e intenta adaptarse a ese cambio. Es una ciencia que intenta mejorar y progresar. Que presenta una gran variedad de teorías diferentes para abordar la infinidad de problemas que aparecen. Es una ciencia social a la cual le estamos exigiendo la rigurosidad de una ciencia exacta. Tiene mucho que mejorar por supuesto. Pero es momento de exigirle precisión ya no a la ciencia económica, sino a los economistas. Dejar de aplicar ideología y moldes económicos, dejar de adherir a las escuelas económicas como si fueran equipos de fútbol y comenzar a ser más cuidadosos y cautelosos con las ideas y propuestas. En la economía, como en cualquier otra ciencia social, no hay leyes. Si la certeza sigue dominando el campo de aplicación de la esta ciencia, el progreso de la economía Argentina seguirá siendo una deuda pendiente.

Notas

¹ No nos referimos acá a quienes aplican medidas que responden a intereses particulares.

² Paul K. Feyerabend. *Tratado contra el método*. Tecnos, 1986.

³ Karl Popper. *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Piados, 1967

⁴ Ver "¿Los economistas deben ser juzgados por mala praxis?", Victoria Giarrizzo, 2003.